

Pandemia.

La globalización como causa basal de esta crisis.

A lo largo de la historia se han registrado numerosos casos de epidemias que lograron diezmar o destruir a poblaciones enteras al desconocerse el origen de ellas. Se atribuyeron a designios divinos, a la aparición de algún astro en las alturas del universo o a la acción de algún efecto mágico que no había manera de eludir. En todos los casos el punto en común fue la ignorancia del origen de aquellas plagas y la mayor repercusión estuvo en los prejuicios que sobre determinadas personas se elevaron para encontrar uno o más responsables en aquellos aciagos días.

Las pestes provocadas por la falta de aseo, por la carencia de sentido práctico de medidas de higiene, por el oscurantismo de los poderosos que sometían a la población sea desde el púlpito o del gobierno fueron más dolorosas en aquellas ocasiones que lo que son hoy en día. Se persiguió a quienes buscaban cura a los males, tildándolos de brujos y quemándolos, pues el temor era más potente que la capacidad de razonamiento.

Las muertes de personas eran imposibles de cuantificar y no había importancia respecto de la identidad de los mismos. La individualidad no existía y el ser humano como tal estaba constreñido al servicio de un Señor, de un Rey o del Espíritu Santo que gobernaba desde el Vaticano. Eso en cuanto a la antigua civilización europea de medioevo. En Oriente la situación no era muy diferente, pues la abundancia de mano de obra estaba destinada al crecimiento de las obras monumentales que se proyectaban o a cultivar y cosechar los alimentos de los ejércitos que daban posibilidad a los monarcas de perpetuar sus legados para la historia.

Las pestes bubónicas, viruelas y tantas otras que, por oleadas arrasaron ciudades enteras y que se contenía, de alguna manera, con cuarentenas y segmentación, no solo diezmaron gran parte de la población del mundo, sino que regularon los ciclos de crecimiento del número de habitantes, provocando un equilibrio natural. ¿Cuántas fueron las ocasiones en que esto se produjo? Nadie lo sabe y en cada ocasión se consideraba que el mundo quedaba reducido a dos tercios o a la mitad de sus habitantes iniciales. Las epidemias transformadas en pandemias eran arrasadoras y no ponían a prueba a nadie. Los que sobrevivían a ella agradecían a la divinidad más que a la existencia de defensas naturales desconocidas, o al desarrollo de patógenos que terminaban siendo beneficiosos a determinados cuerpos.

América perdió gran parte de su población por causas similares, por la llegada de las pestes invasoras, aquellas que no habían podido entrar en los territorios desconocidos. En América Central había evidencia de la desaparición de pueblos completos antes de la llegada de los españoles y quedaron como testimonios los grandes templos construidos que la selva se encargó de sepultar, como tratando de hacer desaparecer todo vestigio de civilizaciones que no dejaron nada escrito para conocer de su historia. Asimismo exportaron a Europa la sífilis, como venganza a tanto daño, provocando un gran mal entre las naciones y cortes del viejo mundo.

Otros fueron más drásticos y así como terminaron con la pérdida de muchísimos pueblos y la esterilidad para su futura reproducción. No hay datos exactos de lo acontecido, pero en el Perú, una casta notable de hombres se redujo a la aniquilación por la avaricia y los vicios de los recién llegados. En cada parte donde se ponía pie se generaba la aniquilación y eso se debió a la portabilidad de tantas y

tan variadas enfermedades que se habían habituado a los cuerpos de sus ignotos generando anticuerpos esperando la oportunidad para reflorcer y destruir a seres indefensos.

La globalización de antes fue la causa de la trasmisión de muchas y muy perniciosas enfermedades, tanto que hicieron desaparecer, por la fuerza o por la invisible presencia de virus, a pueblos enteros como los Selknams, Yámanas o Kawesqars. Los Aonikenks, dispuestos en la amplísima pampa, quizás, fueron los más resistentes a estos embates y así demoraron más en ser exterminados. Los países con un acentuado espíritu nacionalista no abrían las fronteras más que a algunos cientos de refugiados de los países del mundo que se encontraban con problemas sociales y políticos y se fueron estableciendo Estados protectores y humanitarios. Así se fueron nutriendo de personas que servirían para colonizar territorios indómitos donde los nacionales no tenían mayores intereses y que frente a la necesidad de otros, resultaban difíciles de abordar.

La época de la globalización, después de la segunda guerra mundial dio paso a una necesidad mayor de movilidad. Ya no era el sentimiento de una nación y un territorio, sino la búsqueda de una real oportunidad de vivir y crecer. El atrevimiento a desafiar mares tempestuosos, climas muy distintos y creencias religiosas diversas, llevó a que, de a poco y luego con una fuerza irresistible, todos pensarán que las posibilidades de desarrollo personal y familiar estarían mejor en otros lugares, tras de otras fronteras y donde muchos otros ya habían intentado probar suerte.

Las migraciones.

La migración por las guerras de la post guerra, el hambre, las enfermedades y la búsqueda de seguridad económica en países de mejor resultado económico se intensificó a niveles alarmantes y hubo que generar toda una línea de protección para ellos lo que conllevó, además, el desarrollo de la industria del transporte, de la generación de bienes y servicios y de la impostergable necesidad de abastecimiento de todos ellos.

Si al inicio de la migración había un principio de selectividad, con la sobreabundancia resultó ser imposible de controlar. Lo vimos con la guerra de Siria y el surgimiento del Movimiento ISIS que puso en jaque al mundo y promovió una estampida de millones de personas a Europa y donde no fue posible ni oportuno determinar la condición ni identidad de cada uno de ellos. Acogerlos fue una obligación imperiosa e irresistible y no hubo barrera posible para detenerla, porque el hambre de comida, de paz, de seguridad personal y de las familias fue urgente y no pudo esperar ni siquiera por horas.

En ese flujo de almas perdidas, de sufrimiento y desgracia, que arrastraron consigo las pérdidas de miembros de sus familias, y que se fueron plasmando en las notas de prensa, de las fotografías de dolor irreproducibles e indescriptibles, donde los que acogían no tuvieron suficientes brazos para apoyarles, no lograron impedir la llegada de infiltrados que, con su afán de destrucción y autodestrucción, se mezclaron en todos los países esperando el momento de realizar sus acciones de daño. Su presencia callada, silenciosa e invisible, fue como la del bicho que podría corroer a la sociedad. Los efectos de su acción fueron tan efectivos como un virus de la antigüedad. Dañar la esencia de la seguridad de un continente y tener a todos pendientes del peligro de un atentado donde se pudiera perder la vida, fue un acierto que mantuvo en vilo a todo el mundo. La irracionalidad del movimiento, la anarquía que buscaba en el mundo contemporáneo, la destrucción de la historia del hombre y volverlo a la época de las cavernas resultó del todo incomprensible y se convirtió en un sueño insustentable.

La fuerza aplicada para destruir los gérmenes de ese error llevó a la muerte a miles de personas. Una pérdida necesaria y medida dirían las jefaturas militares y políticas y el costo de los armamentos serían la justificación para volver al mundo un poco más seguro. Sin embargo, el germen es imposible de destruirlo en su totalidad, porque siempre sobrevivirá un remanente que, dañado en su integridad, podrá ser un agente patógeno dispuesto a despertar cuando las condiciones se den nuevamente.

Coetáneo a ello está la altísima migración de africanos que arriesgan sus vidas para cruzar el Mar Mediterráneo, pero que por el color de sus pieles no parecieran ser más importantes que los caucásicos de la antigua Persia. La estigmatización de un continente, pobre en esencia, pero que les dio poder a las colonias imperialistas del renacimiento, ha sido un remanente del sentimiento de superioridad que se ha prolongado desde la época de la esclavitud. Ver la llegada de los sobrevivientes a las costas italianas, o las bolsas conteniendo a los infortunados es solo carne para los cementerios o crematorios, sin lograr identificar los rostros, las sonrisas o las cualidades de cada uno de ellos. La apariencia parece solo virtud de quienes son blancos, con sus variedades en colores de pelo, de ojos o mayor o menor rosado de la piel. Por ello la condición de chino o negro son comunes y despectivas en extremo y hace que siempre existan personas que deben estar en un peldaño más debajo de la escala social.

América no quedó ajeno a este proceso migratorio. Estados Unidos fue creado en base a la llegada masiva de familias desde todas partes del mundo y que se vio obligada a estar en cuarentena en la Isla de Ellis. La inmensidad de ese país requería potencial humano que, de a poco se fueron convirtiendo en la unidad nacional que hoy presentan. La prosperidad, la oferta y promesa de trabajo llevó a cientos de miles a establecerse en cuanto lugar disponible había en la vastedad del territorio y actuaron como una plaga sobre los pueblos originarios, constituyendo la primera horda destructora de vida.

El crecimiento exponencial de la nación norteamericana abrió nuevas y grandes expectativas al mundo y el intento de traer para sí parte de esos beneficios, llevó a una nueva e interminable migración hacia sus fronteras, solo que ahora las condiciones cambiaron y los establecidos vieron a los nuevos como una amenaza que destruiría sus regaladas existencias. Regaladas por el hecho de que fueron sus ancestros los que la consiguieron y que la forjaron con las mismas ansias que arrastran consigo los que quieren ingresar.

El mercado económico mejorado en el mundo luego de la caída del muro de Berlín y el mantenimiento de dictaduras en diversas naciones de América han movido una vez más a las poblaciones, recurriendo a asentarse en lugares de apetecida tranquilidad social, política y económica. El desmedro en el cual viven en sus países natales es de tal envergadura que no importa las condiciones en que se puedan encontrar en los que le acogen. No dudan en que padecerán las penurias del recién llegado y con ello se incorporarán a la sociedad y a las relaciones sociales y laborales que se les puedan brindar.

Las migraciones son igual al flujo natural de las pandemias y con ello queda absolutamente descartado que alguna región o sector de la población no pueda llegar a ser impactado por ellas. Cada migrante, como siempre, ha sido portador de algún germen de algún mal que, residente en las defensas propias de su torrente sanguíneo, está a la expectativa de encontrar un portador que comience su acción destructora.

Las pandemias como fuerza táctica.

Conocidos los efectos de las epidemias sobre las poblaciones de la antigüedad, los efectos en el físico de las personas, el padecimiento y la consecuente muerte, fue considerado una eficiente arma de guerra para lograr la rendición de ciudades asediadas, para la reducción del número de los efectivos en un ejército enemigo o una forma de aniquilar poblaciones completas en territorios que se deseaban anexionar. La naturaleza de cada una de ellas, asociadas a la acción maldiciosa de los dioses de los guerreros, invisible al ojo humano carente de elementos tecnológicos de esta nueva época, hacía muy peligroso trabajar con ella y no resultar afectado en el intento de inocularlo. Saber que una o más personas estaban con una determinada infección era un arma letal poderosa que de manera inescrupulosa se podría utilizar. El paciente, consciente de su inminente deceso, por un amor a la causa que lo representaba podría mezclarse con el regimiento adversario y comenzar a desparramar sus efectos en todos los que contagiara.

La forma más fácil era envenenar las aguas de las que se servían los oponentes y como la necesidad de ella es vital, podría o aniquilarla o hacerle perder fuerzas ante la lucha que se le impondría con la carga enemiga. El problema sería para sus generales que aquellos que formaran parte de las oleadas de ataque quedarían expuestos a los efectos de los males infecciosos y con ello afectar a las propias tropas triunfadoras.

La guerra bacteriológica ha sido una realidad que, con el correr de los siglos, de la perfección de los medios de muerte, del entendimiento del origen, control y propagación de sus efectos, hoy tiene efectos devastadores, mucho más que la guerra nuclear. En la I Guerra Mundial la guerra química provocó daños a decenas de miles de hombres en ambos lados de las trincheras y el aporte de los científicos logró hacer un verdadero catálogo de los esfuerzos por terminar con la humanidad. El sometimiento de los prisioneros en los campos de concentración de la Alemania nazi es la parte horrorosa de aquella triste realidad. Todos denunciaron con repugnancia la barbarie cometida, pero agradecieron los avances logrados en tanta experimentación y la utilizaron de base para sus verdaderos bunkers de muestras y antídotos. Todo el mundo sabe de sus existencias y las grandes potencias, conociendo sus maldades, por una ambición irrefrenable e injustificable de poder, siguen gastando millones de dólares en su perfeccionamiento.

La radiación emanada de los estallidos en Hiroshima y Nagasaki, con la enorme pérdida de vidas humanas del primer momento, y los miles que padecieron y murieron luego por el daño celular debió servir como freno a la mentalidad autodestructiva desenfrenada, pero el poder de las facciones fue mayor y durante decenios se estuvo al borde del colapso mundial. Ninguno de sus patrocinadores, todos líderes de las más grandes potencias mundiales, podrán entrar a la historia como precursor de paz, pues nadie logró entendimiento. La desconfianza por falta de amor no llevó a nadie a un diálogo puro y significativo.

Fue un gran juego de ajedrez donde las estrategias y movidas mantuvieron en vilo a toda la humanidad, contaminando la peste de la desconfianza entre los aliados y el eje, luego separados por un muro y una ideología fría que corroyó a todos. En cada lado había imposiciones y temor de ser agredido, de tener infiltrados como espías, gente dispuesta a morir con sus convicciones y un amor irreflexivo por una ideología más potente que la tierra, la patria, la vecindad y la familia.

La alineación con uno u otro lado de quienes tenían vocación de paz eran desestimados, desprestigiados o simplemente eliminados. No hubo líder, credo o humanismo relevante que permitiera a los gobiernos a entender. Ese entendimiento llevaría a consensos y hubiera significado un despertar. Hablar de

humanidad era interesante desde el punto de vista de la docencia y del pensamiento, pero nadie estaba dispuesto a prestarle espacio para agregarlo a la receta de la autodestrucción que cada uno propiciaba. Desde la castración mental sufrida por los integrantes del ejercito nazi que no trepidaron en provocar daño institucional a la población sometida y que al hacerlo respondían a un mandato imposible de contradecir, se llegó a la enajenación de una sociedad.

La generación de la desconfianza llevó a la mayor parte de la población a autodesignarse unos a otros de comunistas o de fascistas, como si fueran las únicas líneas de pensamiento reinante en la humanidad. La miopía de todos, la exacerbada injerencia de los medios de prensa, la trama de las películas del cine norteamericano (que, por años, ganó el monopolio en nuestros cines y televisores), y el poder económico reinante hizo que entre uno y otro haya siempre suspicacia, dudas y dobleces.

El mundo se dividió en dos partes; si había enclaves comunistas en América debía evitarse su expansión a África y a Asia. Los que lucharon en las guerras de la post guerra volvieron con la lógica de que todos estaban en su contra y eso llevó a la proliferación del exceso de armamento que hoy pena en EEUU, a quien le interesa tener a todos de su lado y que mejor que impidiendo los acuerdos de países limítrofes. La generación de conflictos irreales, improductivos entre fronteras es el más claro ejemplo de ello. La intervención para el levantamiento y derrocamiento de gobiernos es parte importante de su política internacional y nos obliga a mantener la desconfianza con el fronterizo, pero no con el que viene de más lejos y que puede traer las verdaderas semillas de maldad. Será imposible llegar a acuerdos así y tener una libertad de movimiento e integración como las que se desarrollaron en Europa después de tanta destrucción, guerras y aberraciones.

No contento con ello, la libertad con la que se mueve el ser humano, en su lucha por crecer, producir hasta atesorar todo lo que pueda, donde quiere tener todo el dinero del mundo que pueda recolectar, nos lleva a la propia acción de corrosión que más afecta a todos. La desconfianza del gobernante con el gobernado, del empleador con el empleado, de los vecinos de una población, del esposo con la esposa, del padre con sus hijos, llega a lo más profundo de los segmentos de la vida normal. De esa manera el virus promovido logra entrar en el seno de las familias que no saben vivir con una sensación de confianza que haría más fácil el crecimiento de todos. El germen promovido ha llevado al más extremo individualismo que sentirá sus efectos al tener que frenar abruptamente cuando deba permanecer oculto por la última y más peligrosa pandemia.

Lo ocurrido con ISIS y su propaganda irreflexiva de generar un mundo distinto es otro de los ejemplos claros de la imposibilidad de pensar y de la importancia que tiene cada uno de los hombres que habitamos este planeta de meditar en sus actos, sus orígenes y sus consecuencias. Ninguno de sus integrantes tiene capacidad de reflexionar sobre la importancia y efectos de lo que hacen, porque siguen un padrón impuesto por algunos que se creen Mesías de un mensaje que no saben de donde les llega y donde los llevará. Aquellos que atentaron con sus vidas en la Torres Gemelas de Nueva York, no tuvieron conciencia de sus actos, porque el lavado de conciencias los transformó en verdaderos zombies de matanza. En este caso los peores son los que, viviendo en otros países y como un acto de rebeldía sobre sus sistemas imperantes, fueron capaces de alistarse y someterse a los designios de los nuevos Señores de la Guerra. Algunos lo harían conscientes, otros por aventura y querer probar algo distinto, pero todos presentan como patologías la inmadurez, la psicopatía y la vanidad de creer que sus actos eran los únicos correctos.

En América vivimos situaciones similares, cuando los gobiernos militares, a través de sendos Golpes de Estado se hicieron del poder y con ello aprovecharon toda la experiencia vivida en la Escuela de las Américas de Panamá, liderados por profesores norteamericanos, para aplicarla en todos los que resultaron ser perseguidos, torturados, mutilados, asesinados y desaparecidos. No hubo conmiseración con nadie que no pensare distinto y hubo un desmadre similar a lo acontecido en la Alemania Nazi. Consideramos que el hombre había aprendido con esa usanza, pero nos dimos cuenta que el germen estaba residente como una pandemia imposible de detener, curar o modificar.

En definitiva, la conclusión es que todos los que fueron y son capaces de realizar las más graves aberraciones en contra de la humanidad estaban y están infectados por el bicho de la maldad que es tanto o más grave. La mantención de virus refrigerados es un pecado capital. Sin estar vinculado a alguna doctrina o religión en particular, quien hace algo que atente contra un hombre es un criminal y el que lo hace en contra de una sociedad completa, lo es también y no son aceptables sus excusas de que “lo hace en defensa de la libertad”, “porque lo ordena la autoridad” o “porque son simples engranajes dentro de una cadena interminable de mando”. Todos los que contribuyen a manejar un arsenal biológico lo hace para destruir y si en Buhán pasó algo es responsabilidad de todos los gobiernos que han propiciado este tipo de laboratorios. Si el virus se escapó o si alguien quiso hacer un experimento por su cuenta o si fue una orden de una potencia en su afán de guerrear con su adversario, la criminalidad de su acto es tan alta como aquel que apretó el gatillo de una pistola contra una persona desarmada.

Una guerra desconocida.

Desde el estallido social de octubre de 2019, donde quedaron expuestas todas las falencias de la organización de la sociedad, se ha orquestado todo en un afán de ligarlo a una situación de belicosidad que pone a todos los chilenos en contradicción unos contra otros. El discurso oficial, rechazado en todas partes ha persistido hoy, redirigiéndolo hacia una situación imperceptible y peligrosa,

El Espectáculo del miedo.

Me veo en la obligación de complementar este texto con la opinión de Carlos Peña, el día 19 de abril de 2020.

Al ver la televisión en estos días -en especial la televisión por las mañanas, eso que se llama matinales-, se tiene la impresión de que quienes trabajan en ella, periodistas, comentaristas, reporteros, camarógrafos, y para qué decir animadores y periodistas estrellas, o sujetos a quienes los han convencido que lo son (también periodistas que, errados de profesión, suelen hacer de payasos o de tonys), además de quienes fortuitamente aparecen allí, alcaldes en forma y políticos con calvicie y en decadencia, están felices o casi en estado de éxtasis con esto de la pandemia. Es como si de pronto les hubiera dado sentido a sus vidas. Es fácil imaginárselos revisando internet muy temprano para ver qué desgracias podrán comentar, simulando ser analistas internacionales, desayunando entusiastas y excitados con la posibilidad de las colas en

los supermercados, el hallazgo de gente sin mascarillas e incluso -es probable que en sus sueños- con la posibilidad de un ahogo en vivo y en directo.

El miedo que causa el coronavirus convertido en espectáculo.

Llevan la contabilidad de los contagios y la divulgan como quien da los pormenores de un campeonato de fútbol y, lo que es peor, de las muertes como quien contabiliza goles en un partido reñido, las muestran en PowerPoint en pantalla o mediante un holograma, interrumpen las noticias con el *flash* del último deceso y consideran casi una censura que las autoridades no revelen la identidad o los antecedentes de esa muerte, dan pantalla a alcaldes ingeniosos que muestran cajas preparadas con vituallas de toda índole como para cuando llegue el fin del mundo y la gente deba refugiarse en subterráneos, y se dedican a entrevistar de madrugada a quienes deben ir a trabajar a la salida del metro con preguntas estúpidas e idiotas (en directo para tal o cual canal, ¿a qué hora salió?, ¿cuánto se demora?, ¿no teme contagiarse?, ¿tiene frío?, ¿quién le hizo esa mascarilla? ¡Mándeles un saludo a su empleador para que no le descuente!), o a interrogar a los parientes de las víctimas fatales (gente pobre eso sí, no se les vaya a ocurrir entrometerse en la vida de alguien con dinero o con poder, menos con quien les firma el contrato de trabajo) para saber cómo conviven con el virus, cómo se las arreglan para comer, convivir, hacer sus necesidades como se decía antes, comprar lo necesario o ir a trabajar en medio de la peste. Incluso hay quienes meten las cámaras (y a ellos mismos con ellas) dentro de las casas para mostrar la pobreza no con ánimo de denuncia justiciera (que esto alguna justificación tendría), sino de mero espectáculo en que el periodista o quien simula serlo (por supuesto, con rostro compungido, era qué no) anima la escena y come o toma onces con aquellos cuya gratuidad les dará rating. Las conductoras de las noticias, tan arregladas como siempre, y tan vivaces, con una tenida distinta cada día, no importa el ritmo del virus, no vaya a ocurrir que la desgracia que describen y proclaman las vaya por un momento a afear (o a darles la impresión de que este virus desgraciado las afea) exhiben cada día una tenida distinta, un peinado distinto, y si la anatomía facial lo permitiera (gracias a Dios ese prodigio se desconoce), también exhibirían una sonrisa distinta, cuidadosamente ensayada, cada tarde en las noticias.

Y cuando necesitan algo un poco más serio (o que parezca serio) invitan a un señor o señora de delantal blanco, no necesariamente un especialista (porque en estos días basta vestirse de blanco o ser dirigente gremial de un hospital, clínica, cesfam o

consultorio para pasar por especialista y balbucear dos o tres cosas), para que explique una y otra vez cómo se pone la dichosa mascarilla, de qué material debe hacerse, si sirve el paño de cocina, la toalla nova, el papel confort, un trozo de frazada o cualquier tira, si se puede lavar o no, si se puede reutilizar o no, cómo ha de tomarse, cuál es la distancia adecuada para conversar sin que la muerte se acerque, durante cuánto tiempo hay que cruzar los dedos hasta que la desgracia pase, si acaso sirve de algo tomar aspirinas, ibuprofeno, paracetamol, tilo, eucaliptus, manzanilla o vaya usted a saber qué cosa, si estornudar a tal o cual velocidad es dañino o inocuo, si sirve rezar, si es posible ceder el lugar en la fila mientras se espera el momento final, si acaso las transfusiones de sangre o esto o aquello detendrá la marcha de la peste, y así.

En eso está convertido el espacio público.

Una suma de lugares comunes, sandeces y tonterías repetidos una y otra vez, convirtiendo los medios de comunicación en un espectáculo del miedo o del apocalipsis a punta de estornudos, toses y ahogos, y siempre adornados con la gestualidad de alguna animadora que, según el director o directora del caso le dicte al oído, se ríe o entristece, abre los ojos en gesto de sorpresa o los pone serios en ademán de alarma, o pronuncia una tonta moraleja como si fuera un descubrimiento metafísico (tenemos que cuidarnos entre todos, el virus nos ha enseñado cuánto nos necesitamos, el sentimiento ha despertado y otras perlas semejantes), elogiando la solidaridad del pobre o de la pobre que sin saberlo se puso ante la cámara.

Sí, no cabe duda, el virus amenaza la salud; pero sobre todo expande la sandez y la tontería. (El Mercurio)

Carlos Peña